

Gorgonio, Comisario Emérito



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2023

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24
28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alejandro M. Gallo, 2023

Sobrecubierta: © José María Gallego, 2023

IBIC: FF | Thema: FF

ISBN: 978-84-19214-66-1

Depósito legal: M-31281-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Gorgonio, Comisario Emérito

Alejandro M. Gallo



Índice

Advertencia inicial	13
Nota previa	15
New York... New York criminal	17
LA Discrecional	107
CSI España	157
El asesino del Centro Pompidou	193
<i>Black & White</i>	233
Muerte en el nido	309
Asesinato en El Molinón	341
Vallekas <i>connection</i>	377
Adiós, muñeco	425
El fantasma de Colombres	457
Quilombo sangriento en Buenos Aires	513



A

Leonardo Sciascia (1921-1989)

Andrea Camilleri (1925-2019)

In memoriam

Maestros a los que siempre regreso



Si creyese en las apariencias, sería un
péssimo policía [...]. Me interesaba y me
interesa lo que existe pero no se ve.

ANDREA CAMILLERI

Una idea muerta produce más fanatismo
que una idea viva; mejor dicho, solo la
muerta lo produce. Es que los estúpidos,
al igual que los cuervos, solo huelen las
cosas muertas. Y son tantos, y bullen tanto
en torno a las cosas muertas, que a veces
dan la impresión de la vida.

LEONARDO SCIASCIA

Advertencia inicial

TOMO PRESTADA, para todos y cada uno de los relatos de este volumen, la nota previa del gran escritor mexicano Francisco del Paso Morante (1935-2018), premio Cervantes 2015, a su libro *Palinuro de México* (1977):

Esta es una obra de ficción. La razón por la cual algunos de sus personajes podrían parecer personas de la vida real, es la misma por la cual algunas personas de la vida real parecen personajes de novela. Nadie, por lo tanto, tiene derecho a sentirse incluido en este libro. Nadie, tampoco, a sentirse excluido.

Nota previa

LA IDEA DE ELABORAR el presente libro nació poco después de la publicación de la última novela protagonizada por el comisario Gorgonio, *Matanza de Atocha, 1977: caso abierto*. En ella utilizaba notas a pie de página para informar al lector dónde había ocurrido tal o cual cuestión en las aventuras de Gorgonio. La mayoría de las aventuras a las que me refería estaban agotadas, descatalogadas o inaccesibles. Así, por sugerencia de varios lectores, nació la idea de recuperar en un volumen las más representativas del veterano comisario.

Gorgonio había nacido en el mundo del relato corto, muchos años antes de su primera novela, *La muerte abrió la leyenda*, 1º Premio Internacional Letras del Mediterráneo y traducida a varios idiomas. Su primera aparición fue el 5 de junio de 2011 en el diario *El Comercio* y se prolongó por más de un año en forma de entregas semanales. Esa génesis en el relato corto era idéntica a la de otros héroes de la ficción criminal: Sherlock Holmes, Hércules Poirot, el Padre Brown o Auguste Dupin.

Además de las aventuras publicadas en *El Comercio*, otras se habían recogido en libros colectivos, como *Malas calles* (Reino de Cordelia, 2022); *Prótesis. Detectives raros* (Reino de Cordelia, 2017); *Relatos de la orilla negra* (Serbal ediciones, 2016) y *Seis meses con el comisario Gorgonio* (Editorial Laria, 2011). A estos relatos se han sumados dos novelas, con gran éxito de crítica y público, que completan, en este momento, las obras sobre el comisario Gorgonio: las mencionadas *La muerte abrió la leyenda* (Reino de Cordelia, 2016) y *Matanza de Atocha, 1977: caso abierto* (Reino de Cordelia, 2022).

En *Gorgonio, comisario emérito*, se recogen los relatos más significativos y se añaden los inéditos «New York... New York criminal» y «Quilombo sangriento en Buenos Aires». Cada relato de este volumen es independiente y no van ordenados cronológicamente.

New York... New York criminal

I

¡CAGÜEN MI MANTO! ¡Qué cosa tan rara es esto del tiempo en los diferentes husos horarios! Hemos salido de Madrid a las diez de la mañana y hemos llegado a las once cincuenta a los Estados Unidos, tras un vuelo de ocho horas. ¿Dónde cojones está la teoría de la relatividad de Einstein? Según ella se me hubiese hecho más corto el viaje en un lugar cerrado que en lugar abierto: en la nave, su duración me hubiese parecido un ratito de mi vida, mientras que en el mundo exterior sería mucho más extenso. Sin embargo, afuera el reloj marca una diferencia de un par de horas escasas y dentro de la nave han sido ocho. ¡Qué cosas tan raras ocurren en el cosmos!

La verdad es que no me he enterado del trayecto, ocho horas durmiendo a pierna suelta y, por lo que me han dicho, rodando por esos asientos de primera clase que parecía que estaba uno en el sofá de casa con mantita, brasero y todo. Qué diferencia entre esto y las veces en que el ministerio no le sale de los cojones gastarse ni un chavo. Aun me acuerdo de

un asesinato en Montevideo, cuando nos mandaron a segunda clase. No había sitio para las rodillas; al aterrizar, no podía caminar de tan anestesiadas que tenía las piernas.

Me dejo guiar por la Mari —la inspectora especialista en perfiles—, pues ella sabe idiomas y se mueve como pez en el agua hablando con todo Cristo en inglés. Detrás de mí viene Pepote —el de la Científica—, con sus barbas a lo doctor Bacterio, las gafas espejadas, copiadas al teniente Horatio Caine del *CSI Miami*, y ese maletín lleno de sustancias raras para esparcir por el lugar del crimen. Cierra filas Matías —el especialista en mamporros—, que está deseando tener un hueco en este caso para acercarse al Madison Square Garden —«Al lado de Penn Station», nos dice—, para ver un combate de lucha libre entre dos tipejos que se disputan no sé qué título y un cinturón gigante que obsequian al ganador.

Hemos aterrizado en el aeropuerto de Newark en Nueva Jersey y viajamos a New York en un tren que se encuentra al final de este laberinto de estaciones. Buf, la Mari en cabeza de la hilera con la tarjeta de crédito, que nos han entregado los del ministerio. Ya estamos en el vagón, sentaditos y en dirección a Penn Station. Hala, la cosa arranca y en media hora llegaremos a Manhattan.

Este caso que nos ha traído hasta aquí nos lo expusieron los agentes norteamericanos: un agregado cultural de la embajada española que había aparecido muerto «en extrañas circunstancias». Cuando pregunté a qué se referían con eso último, me explicaron que el cuerpo apareció desnudo, rodeado de cocaína, barbitúricos y marihuana, con un vibrador curvo a pilas introducido en el ano. Así fue hallado en una iglesia, o, mejor dicho, aclaró el agente del FBI, en un habitáculo del

templo de una secta. Cuando añadió esta frase, expresada en español en honor a nosotros, equivocó la sílaba tónica, por lo que terminó pronunciando «habitaculo». O no resultó un estudiante destacado cuando aprendió nuestro idioma o tuvo un profesor algo vacilón.

Hemos llegado a Penn Station y la Mari ordena salir del vagón. Obedecemos como corderitos.

Después de recorrer innumerables túneles llenos de taquillas informativas, máquinas de expedición de billetes y pasajeros corriendo, salimos a la superficie. ¡Cagüen mi manto! ¡Qué peste a marihuana! Me estoy colocando. ¿Qué ha pasado con el olor a perritos calientes de las calles de la Gran Manzana? ¡Otia! ¡Hay furgonetas aparcadas en las calles desde las que se vende el cannabis! «*Mobile dispensary*», pone en los laterales del vehículo en letras pequeñas. Más arriba, en letras grandes: «*Hemp on wheels*».

—Dentro de los Estados Unidos, New York se ha convertido en el decimoquinto estado en legalizar la marihuana con fines recreativos —afirma Pepote, con su aire de empollón.

¿Con fines recreativos? ¡La madre que me parió! Enciendo mi cigarrito y doy una calada profunda. Entonces, este chute de nicotina debe de ser también «recreativo», pues según aquel tipo tan sabio, el tal Ronald Siegel, el impulso a intoxicarse con sustancias que modifican el estado de conciencia es el cuarto instinto primario del ser humano, después del hambre, la sed y la fornicación.

—Nos quedamos aquí —ordena la Mari.

Anda, mira. Si es la entrada al Madison Square Garden. Hay una cola impresionante para sacar entradas para el Bronx Bull vs. Strong Cullons.

—¿Es a estos tipejos a los que quiere usted venir a ver?
—pregunto a Matías.

—Sí —responde, chascando los nudillos—. Se disputan el título mundial de lucha libre versión WWW, con el valor añadido, para la jauría descerebrada, del enfrentamiento entre un blanco y un negro.

—¿Tiene ya las entradas?

—Sí, sí —afirma entusiasmado—, las saqué por internet nada más que nos ordenaron venir a New York.

Consulto el reloj: la «1 p. m.», como dicen por aquí.

—Ahí llegan —informa la Mari.

Dos Hummer de color negro con los cristales tintados se detienen a nuestra altura. Del primero se baja un individuo del tamaño de Matías, con las mismas gafas espejadas del teniente Horatio, pero tan elegante como su homólogo de New York, el detective Mac Taylor. Incluso parece recién salido del *CSI New York* o de alguna otra franquicia.

—¿Son ustedes de la SICB? —pregunta en un español mexicanizado y, cuando la Mari asiente, continúa:

—Soy el teniente de detectives Smith, del NYPD.

Una vez que la inspectora nos presenta, Smith nos indica:

—Suban, que los acercamos al cs.

Las puertas laterales de los Hummer se abren. Pepote y Matías se dirigen al segundo vehículo y la Mari y yo entramos en el primero.

—Esta manía de hablar con acrónimos provoca que no me entere de nada —me quejo a la Mari—. Todo suena parecido a un trinar de pájaros: *esnisibí, enunáipidi, sies...*

—Es fácil —dice con seguridad—: SICB es el acrónimo en inglés para la Brigada Internacional contra el Crimen de

España; el NYPD es el Departamento de Policía de New York y CS, el escenario del crimen. ¿Cómo lo ves?

La cabeza me da vueltas con tantas siglas envueltas en olor a marihuana.

MIENTRAS NOS CONDUCEN a la escena del crimen, mi mente intenta evadirse. No sé si es por el hambre, el mono por un chute de nicotina o los efectos de los vahos de marihuana en mi cerebro, que repaso las razones por las que se creó esta unidad. Esos burócratas del ministerio decidieron que la policía española debería entrar a este mundo globalizado en igualdad de condiciones respecto de los países más avanzados. Así, crearon esta unidad para asesorar e investigar crímenes en cualquier lugar del mundo donde estuvieran implicados ciudadanos españoles. Por lo visto, lo de «implicados» concernía tanto a asesinos como a fiambres. En este caso, la cosa parece que va de fiambre.

En fin, lo lamentable es que a algún burócrata se le ocurrió que yo debería estar al frente de este grupo: Pepote, un químico y biólogo devenido en policía por aquello de la reconversión en el sector privado; la Mari, una inspectora especialista en perfiles, capaz de deducir los pensamientos de los sujetos solo con mirarles a los ojos; y Matías, el tipo ideal

para los interrogatorios, nada más restallar él los nudillos, el personal canta lo que haya que cantar.

—Lo que no entiendo —comento con la Mari cuando llevamos unos minutos de trayecto— es por qué hemos tenido que venir hasta el Madison Square Garden para que nos recojan en lugar de hacerlo en el aeropuerto.

—Vamos a ver. El aeropuerto Newark se encuentra en el estado de New Jersey, pero el asesinato se cometió en la ciudad de New York, perteneciente al estado del mismo nombre.

Ante mi gesto de desconcierto, me aclara:

—New Jersey y New York tienen leyes y policías diferentes.

—No me lo expliques —bufo—, que luego la cabeza se me llena de cosas innecesarias y no pienso con claridad.

Los Hummer se detienen y se abre la puerta lateral, la adjunta a la acera. El agente Smith se baja y nos invita a seguirle. Alzo la vista hacia lo alto de los rascacielos. Anda, mira, si es el Trump Building. Estamos en el número 40 de Wall Street.

—Teniente Smith —llamo—, ustedes pueden adelantarse. Yo he de fumar un *cigarette*, para recargar mis neuronas negras.

El tipo baja las gafas espejadas hasta la punta de la nariz y me mira por encima cuando enciendo el Camel.

—Eso aquí es casi un crimen —comenta.

¿Un *crimen*? Será mamarracho este Smith. Tiene las calles llenas de mendigos bajo cartones, de cannabis en furgonetas y en puestos callejeros, custodiados por individuos a los que se les adivina el Smith & Wesson en la sobaquera, y me dice que echar una caladita es casi un delito. En fin, país de locos.

Doy una calada profunda. Luego, expulso el humo hacia el cielo.

—Nosotros seguimos —me informa Smith—. Queda con usted el agente especial John Wesson. Cuando usted termine de contaminar el cuerpo que Dios le ha dado, ya le acompañará al CS.

Este teniente Smith ya me está cayendo mal, pero hago oídos sordos a su perorata. Pepote, Matías y la Mari acompañan a los agentes al interior del Trump Building. Commigo se ha quedado Wesson, un negro gigantesco con traje barato y gafas de sol espejadas.

—¿Sabe? —me dice—. Yo también fumaba, pero encontré a Dios y Dios me habló...

¡Ay, mamina santa! A que este sujeto me va a amargar el pitillo.

—Un día —prosigue—, después de haber fumado tres cajetillas de cannabis, Dios me dijo: «Wesson, estás destruyendo el cuerpo que te he dado. Has de enmendar tu rumbo y caminar hacia mí...».

Dice que Dios le habló después de fumarse tres cajetillas de cannabis. Joder, le podía haber hablado el pato Donald o Pedro Picapiedra y hasta entablado con él un diálogo socrático. ¡Vaya pedrada en la cabeza que debió recibir este Wesson en párvulos!

—Y dejé de fumar y de...

Lo dicho: ese teniente Smith me ha endosado al Wesson este para que me amargue el cigarrillo y no se me ocurra fumar ni uno más. Así, en vez de aquello de que me habló Dios, explicaré que dejé los pitillos porque el pelma me daba la chapa.

Me alejo un poco de la puerta del Trump Building y, por supuesto, del pelmazo. Miro al cielo, del que se distingue, de milagro, un trocito entre los edificios interminablemente altos.

Camino unos metros hasta el entronque de Wall Street con Broad Street. ¡Ota! Si esa de allí es la famosa Bolsa de Valores de New York. Anda, mira, casi pasa desapercibida, pero ahí está la estatua de la Niña sin Miedo. Si la niña hubiese fumado, sí que hubiese temido las monsergas de Wesson y la estatua se llamaría hoy de otro modo.

El cigarrillo se me está terminando y regreso a la puerta del edificio. ¡Que la Santina me asista! De pronto noto que estoy rodeado de humo, como si estuvieran cocinado bajo mis pies. Dio un brinco.

—No se alarme, comisario —me informa Wesson—. Es el vapor de los túneles del *subway* que asciende por los sumideros.

Joder, qué ciudad: furgonetas de cannabis en Times Square y en la Quinta Avenida, mendigos inundando las aceras, Dios entablando diálogos peripatéticos con gigantescos policías negros, vapor que sale de las alcantarillas... ¿Qué más encontraré en este sitio donde, como si fuera poco, todos hablan como pájaros piando?

En fin, nada bueno se pude esperar de un país con más iglesias que bares.

Hala, tiro la colilla al suelo y la aplasto con el zapato. Wesson me lanza una mirada que parece despedir rayos láser desde los ojos, igual al ínclito de Superman. No tiene que decirme nada, lo he entendido. Si fumar destruye el cuerpo que Dios nos ha dado, arrojar las colillas al suelo ensucia la ciudad que Dios ha construido para nosotros.

Recojo la colilla y la meto en el bolsillo.
Y con la colilla aplastada junto a mi pierna me encamino
como un gilipollas al escenario del crimen, al cs.

3

SIGO A WESSON por unos pasillos enormes, iluminados con luces muy blancas, dando la imagen de que nos acercamos al Paraíso. Vamos rodeados de guardas de seguridad armados y, en las esquinas, cámaras de vigilancia con una lucecita roja encendida para indicar que están grabando. Cogemos un ascensor, también gigantesco, como los de un hospital. El agente especial marca el número 41 de los 71 botones numerados. Las puertas se cierran y este cacharro asciende como si fuera el Apolo 18.

—¿Me podría adelantar algo de lo que me voy a encontrar? —pregunto a Wesson, por romper el silencio y que la ascensión a los cielos se me haga más corta.

—*Of course!*, comisario —responde, e infla el pecho—. En este edificio se alquilan locales y plantas enteras para empresas o particulares, iglesias...

¡Vaya, ya aparecieron las iglesias!

—En el caso que nos ocupa —continúa Wesson—, el local en la planta 41^a fue adquirido por la Iglesia de Nuestra Señora de la Ciencia del Séptimo Día.

—¿El qué... —pregunto estupefacto. Hasta noto cómo los globos oculares forcejean por salirse de las cuencas.

—Es una nueva iglesia que reivindica la supremacía de la ciencia para alejarnos del Apocalipsis.

—¿Tiene muchos fieles?

—No —dice, meneando la cabeza—. Solo posee dos templos en los Estados Unidos: este en Manhattan y otro en San Francisco. Lo que sí parecen tener es bastante dinero, pues han abierto hace poco un canal de televisión.

El ascensor se detiene y las puertas se abren. Ante nosotros, un enorme pasillo tan iluminado con la misma luz blanca que me parece haber llegado al Paraíso. Resulta curioso que usen la luz eléctrica en pleno día. Hum, más tarde le dedicaré un rato a reflexionar sobre ello. Ahora, de momento, sigo a Wesson.

—Su español es muy bueno —le digo—. ¿Tiene parientes que lo hablen?

—No, es que en la Policía, como en los *Green Berets*, nos pagan un plus por cada idioma que hablamos.

—Interesante. Cuente, cuente —animo entusiasmado.

—Cuanto más minoritario y exótico es un idioma más ganamos. *For example*, el plus es más elevado si se habla mandarín que si se habla francés.

—¿Y por el español?

—Es por el que menos pagan, porque lo hablamos todos. Aunque sea el *spanglish*.

—O sea, está poco cotizado.

—Este país se rige por la ley de la oferta y la demanda. Y de español hay mucha oferta, así que baja el precio.

—Ya, entiendo.

—¿Allá *in Spain* es igual?

—Igual, ¿a qué?

—¿Me refería a que si allí también les pagan por el número de idiomas que dominen?

—No, no. Allí no pagan por nada. Además, hay territorios donde, como no hables la lengua que ellos se han inventado, te castigan: no puedes ser médico ni policía ni juez.

—Un país raro, el suyo.

—Me lo va a decir a mí.

Al final del pasillo llegamos a una enorme puerta de nogal de doble hoja, con un letrero que indica: «No Pass-NYDP». Encima del marco, en la pared, otro cartel señala: «Church of Our Lady of Science of the Seventh Day».

Wesson empuja una de las hojas de nogal.

Ante nosotros aparece una enorme sala, con bancos en fila con un pasillo amplio en medio. Al fondo, un enorme crucifijo en el que Jesucristo solo está clavado por una mano, delante hay un atril, que debe de hacer las veces de altar.

Al acercarme, me fijo en el Cristo, en la mano libre lleva lo que parece ser un par de libros. En medio de la sala, el teniente Smith charla con la inspectora Mari, Pepote saca fotos a esta especie de templo y Matías husmea los cuadros y grabados de las paredes.

—¿Ya terminó de estropear, con tabaco, el cuerpo con el que Nuestro Señor nos obsequió? —me pregunta el payaso de Smith con una sonrisa.

—En realidad estuve cultivando el *body*, con los aromas que emergen por los sumideros del *subway*.

En lugar de festejarme la gracia, el teniente cambia de tema:

—Este es el CS, comisario.

Curioso, ya no hay cadáver en la nave central de este simulacro de iglesia. Es lógico, apareció hace un par de días y el juez ordenaría levantarla. En su lugar, para que nos hagamos una idea de lo ocurrido, han colocado en el suelo una fotografía del difunto, de tamaño natural, tal como lo encontraron. En ella se ve al agregado cultural español desnudo y en posición fetal, con ese vibrador curvo introducido por el ano.

Me acerco un poco más. El occiso tiene polvo blanco en la nariz. Esparcidos alrededor del cuerpo se ven comprimidos de lo que parecen barbitúricos, pastillas de éxtasis o vaya usted a saber de qué carajo. En las esquinas de los bancos que la foto recoge, también se distinguen rayas de lo que parece cocaína. ¡Vaya fiesta religiosa-científica se dio el agregado cultural!

Espera un poco, Gorgonio. Acércate más. Sí, ahora lo veo, hay marcas en el cuello, como si lo hubiesen estrangulado. O igual fue una de esas raras prácticas sexuales de ahorcarse para aumentar el placer. Joder, luego dicen que un pitillo es malo. También distingo lo que parece el efecto de un golpe en la parte trasera del cráneo.

—¿Tenemos a mano la autopsia? —pregunto.

El teniente Smith abre el maletín, que apoya sobre uno de los bancos, y extrae un cartapacio, que me entrega.

—Apenas lo he leído —me informa Smith—. Llegó hace unas horas.

Antes de abrirlo, prefiero tocarle un poco los cataplines al patoso del Smith:

—El fiambre, ¿fumaba?

MIRO HACIA ARRIBA. ¡Curioso! Es como si hubiesen unido las plantas 41^a, 42^a y 43^a y, así, este supuesto templo, tiene triple altura, unos ocho metros le calculo. Hasta se han permitido el lujo de pintar imágenes religiosas en el techo, como en una mala copia de la Capilla Sixtina; y por los andamios, sospecho que continúan los retoques. Sin embargo, han alterado las figuras originales de Miguel Ángel, en el caso de *La creación de Adán*, en lugar de que Dios toque con el índice a Adán para insuflarle la vida, aquí le entrega el libro *Principia* de Issac Newton. ¡Qué cosas tienen estas sectas!

Mi vista se pierde por las paredes. ¡Por la Santina! También han copiado a su modo *La última cena* y el *Sermón de la montaña* de Rosselli. Otra de las pinturas se parece a las *Tentaciones de Cristo* de Boticelli y esa otra es idéntica a la *Entrega de las llaves a San Pedro*, del gran Pietro Perugino.

Obvio los frescos y me dirijo hacia el teniente.

—Smith, ¿a qué se dedicaba la víctima?

—Al parecer, realizaba un estudio para una agencia extranjera sobre las sectas en los Estados Unidos: financiación, organización y líneas de adoctrinamiento para con sus seguidores.

—Esa agencia extranjera, ¿a qué país pertenecía?

—Dependía de la Unión Europea.

—¿Cómo se encontró el cadáver?

—Cayó del *Heaven*.

—Déjese de chorradas, Smith, y explíqueme cómo ocurrió.

—No bromeo, comisario. Estaban oficiando misa en este lugar y de repente el cuerpo cayó desde el techo, como si se hubiese descolgado de las pinturas. El local estaba lleno. Menos mal que no alcanzó a nadie.

—El cuerpo..., el techo... —balbuceo, y miro hacia arriba—. Al entrar a la misa, ¿nadie se percató de que había un cuerpo colgado del techo?

—No, fíjese usted —dice, señalándome la lona ubicada debajo del cadáver—. Esta tela presenta, por la parte inferior, pinturas idénticas a las del techo.

Abre el maletín y me extiende una serie de fotografías. En ellas se observa la otra cara de la lona. Efectivamente, tenía los mismos motivos religiosos del techo.

Con una seña, llamo a Pepote y le señalo la tela en la gran fotografía situada en el suelo.

—Convendría que echases un ojo —le indico.

Pepote baja un poco sus gafas espejadas y contempla la lona de la fotografía enorme, se atusa la barba y luego ojea las fotos de Smith. Se ajusta las gafas y dirige una mirada al techo.

—Por el color del cuerpo, aventuro que no llevaría muerto más de dos días —reflexiona en voz alta—. Luego, si lo colgaron del techo, cayó por efecto del peso o porque alguien cortó las sujetaciones de la lona...

—La hipótesis del corte es la más probable —dice el teniente Smith, al tiempo que nos extiende las fotografías de los dos extremos de una cuerda—. Los cortes que presenta parecen hechos con un cíter.

—Está claro —concluyo—. Quien lo mató quería darle notoriedad al hecho y soltar el cadáver en mitad de un oficio religioso, o lo que fuera eso que hacían aquí, para que los asistentes lo vieran. Alguna razón debe de haber para ese espectáculo —digo, miro a Smith y añado—: Pepote calcula que el cadáver llevaba ahí un par de días. ¿Qué opinó el forense?

—Fue lo primero que le pregunté al entregar el informe de la autopsia y coincide con la impresión de su ayudante.

—Luego esto está chupado —digo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y encontrándome de nuevo la puñetera colilla aplastada—. Smith, no tiene nada más que rescatar las grabaciones de las cámaras de seguridad del pasillo de dos días antes del hallazgo del cadáver y comprobar quién introdujo el cuerpo del agregado cultural español.

—Ya lo hicimos, comisario. Alguien se llevó las grabaciones y no tenemos nada.

—¡*Cagüen* mi manto! Vamos a ver, Smith. Lo que está claro es que nuestro asesino participaba en la misa que celebraban, o no podría haber cortado la cuerda.

—Eso creemos nosotros también.

—¿Cuántos asistieron a esa celebración? —quiero saber.

El teniente regresa a su maletín, lo abre y extrae tres folios, los ojea y me los entrega.

—Aquí tiene usted la lista de los fieles presentes en este templo el día que cayó el cuerpo del *Heaven*.

—*Heaven...* *Heaven...* —farfulló, mientras recojo los folios—. Estoy del *Heaven* hasta los capuchinos.

Ojeo el listado. Han numerado los asistentes: 82.

—Smith, si a este listado le quitamos los niños, ¿cuántos nos quedan?

—Sesenta y uno.

—De esos, ¿cuántos tienen llave de estas dependencias?

—Cinco.

—¿Cuándo puedo entrevistarme con esos cinco?

—¿Cuándo quiere, comisario?

—Mañana, pero no muy temprano, que quiero descansar de este viaje transoceánico.

—¿A las 16 p. m., después del almuerzo, le parece bien?

—A las 17 p. m., después de la siesta —corrijo—. ¿Puede ser aquí mismo?

—¿No prefiere en comisaría?

—No, no. Mejor aquí, en este ambiente celestial.

—¿Aquí? —pregunta Smith torciendo el morro y, como si hubiese recibido un calambrazo, recorre con los ojos las cuatro esquinas del templo.

—Sí. Este es el hábitat perfecto para charlar con un ase-sino.

5

LOS CHICOS DE SMITH detienen los Hummer delante de la fachada de un hotel, que, por lo poco que hemos tardado en llegar, parece estar al lado del Trump Building. Nos apeamos, y Smith y Wesson se despiden de nosotros hasta mañana, en que nos vendrán a buscar a las 11 a. m. para acudir a los interrogatorios de los cinco miembros de la secta en posesión de la llave o de la clave para acceder al templo, iglesia o como se llame a eso.

Estiro la columna vertebral. ¡Por la Santina! ¡Qué placer! Ya es hora de llegar al hotel, tomar una ducha y tumbarme en la cama a leer el informe de la autopsia. Eso, o ponerme a roncar como un búfalo, lo primero que suceda.

El hotel presenta una fachada noble, con toldos verdes y marcos de puertas y ventanas doradas. La puerta de acceso es enorme y pesada. Matías debe empujarla con el hombro.

Accedemos al *hall*, un poco recargado para mi gusto, y nos acercamos a recepción. No hay ser vivo detrás del mos-

trador. Solo nos recibe un letrero que reza: «Wall Street Suites. Booking. 8.5».

Curioso, en el interior de una vitrina exhiben camisetas con la imagen de Donald Trump conduciendo una Harley-Davison modelo *Bad Boy*. Debajo de las ruedas de la motocicleta se lee «*I'll be back 2024*». En fin, ya lo dice el refrán: «Segundas partes...». Aunque en el caso de Trump, la primera parte fue un puto circo con asaltos al Capitolio.

—No hay ni campanilla para llamar —se queja Pepote, al que no se le distinguen las facciones por culpa de esa barba tan poblada que le cubre la cara y las gafas espejadas que tapan sus pequeños ojos. No me extraña que en la Central lo hayan apodado Doctor Bacterio, como el colega de Mortadelo y Filemón.

—Ahí parece haber alguien —dice la Mari, señalando, en un pasillo, un sofá rococó de tapizado blanco con ornamentos dorados.

La Mari se acerca al sofá. Efectivamente, una muchacha pelirroja y alta, tumbada sobre él, contesta un whatsapp. Su expresión indica que no le agrada nuestra interrupción y, tras levantarse, se dirige con desgana al mostrador. En un inglés formal, la Mari le hace ver que tenemos cuatro habitaciones reservadas por el Gobierno de España. La muchacha murmura «*Spain*» torciendo la boca. Otra que debe creer que España es la capital de Brasil.

Luego saca cuatro impresos y nos los entrega para llenar y firmar. No tardamos nada en ello, se nota que todos estamos deseando pillar la ducha y la cama. La inspectora coloca sobre el mostrador la tarjeta de crédito que nos han entregado en el ministerio. La chica la recoge y la pasa por un lector de banda magnética. La vuelve a pasar. Menea la cabeza.

Entonces apoya la tarjeta sobre el mostrador y exclama algo en un inglés atropellado que se oye en estéreo por todo el vestíbulo.

—¿Qué pasa, Mari? —quiero saber.

—Al parecer el aparato no lee la banda magnética —informa la inspectora.

—Solo faltaba que el Ministerio de Interior no tuviera liquidez —exclama el payaso de Pepote, y se sienta en el sofá donde antes se hallaba tumbada la muchacha, que pone cara de asco al notarlo.

—Que use el lector de chip —sugiero a la Mari.

—En los Estados Unidos no usan chips. Siguen con las bandas magnéticas.

—Joder, si lo llego a saber —me quejo—, les hubiese pedido a los burócratas del ministerio que nos lo dieran en efectivo.

La pelirroja se cruza de brazos, sin hablar y nos observa de frente alzando el mentón. Por su actitud, diríase sobrina de Donald Trump; y supremacista blanca contemplando a cuatro *espaldas mojadas*.

—Si no funciona la tarjeta —informa Matías—, yo traje mucho efectivo para apostarlo en la velada. Puedo adelantar el dinero.

—¿Por quién va a apostar? —le pregunto.

—Por Strong Cullons, por supuesto.

—No lo haga. Ese va a perder.

—¿Cómo lo sabe, comisario?

—Usted simplemente hágame caso y no apueste por ese.

La Mari está telefoneando a alguien, la supremacista pelirroja sigue de pie con los brazos cruzados mirándonos con asco; Pepote, sentado en el sofá, se hurga la nariz con el índice

y Matías consulta las apuestas de la pelea en su móvil. Por mi parte, sigo esperando que este malentendido se solucione cuanto antes, pues lo único que me importa es una potente ducha y una cama enorme.

—Ya hablé con Madrid —dice la Mari instantes después, y ante nuestras miradas interrogativas, explica—: Al parecer, la tarjeta funciona sin problemas en Europa, pero fuera han de dar autorización.

—Esos burócratas —exclamo—, ¿dónde pensaban que estaba New York? ¿Al lado de Finisterre?

En esto se abre la puerta automática del ascensor y se asoma por allí un hombre alto y pelirrojo. Se detiene un momento frente a nosotros y luego se vuelve para hacer girar un letrero montado sobre un pie de metal junto al ascensor como para que la leyenda escrita en él quedase visible. Cuando se aparta, leo: «*Out of order*». Por la pinta, debe de ser el papá de la supremacista.

—Ya está —dice la Mari, mostrando el ticket justificativo del pago.

Nos entregan las tarjetas de acceso a las habitaciones. Me ha tocado la 302. Tres plantas por las escaleras. Buf. Los cuatro emprendemos con dificultad el ascenso con las maletas por estas escaleras de peldaños altos.

... me voy a ir hoy a New York...

Mis zapatos vagabundos...

Mis zapatos vagabundos...

—¿Qué tararea? —pregunto a Pepote.

—*New York, New York*, de Fran Sinatra.

Este tío es bobo, lo tengo más claro que el agua.
Llego asfixiado a la tercera planta. Abro la habitación. Es
espaciosa. No tengo ganas de ducharme ni de cambiarme de
ropa. Me limito a tumbarme boca arriba y en diagonal en la
cama y cojo el informe de la autopsia para leerlo hasta que-
darme dormido.

—¡*Cagüen* mi manto! No entiendo nada. Está en inglés.